

Prensa católica e historia reciente.

Una reflexión sobre la revista *Esquiú* en tanto fuente y objeto de estudio

*Mariano D. Fabris**

Resumen

Este artículo ofrece una indagación sobre la prensa y se enfoca particularmente en la revista Esquiú, publicación de orientación católica que se comenzó a publicar en 1960 y apareció en forma semanal durante tres décadas hasta desaparecer a principios de 1993. La mirada que se despliega parte de considerarla tanto una fuente de información que puede nutrir diversas investigaciones, como un objeto de estudio específico. Atendiendo a estas dimensiones y subrayando que se trató de una revista de interés general destinada a un público amplio, se entiende que Esquiú, a pesar de haber sido poco utilizada por los historiadores, constituye un recurso privilegiado para avanzar en la comprensión de los cambios y continuidades que vivió el catolicismo argentino en la historia reciente.

Palabras clave: prensa - catolicismo - Episcopado - historia reciente

Abstract

This article offers an exploration of the press and focuses particularly on Esquiú magazine, publication of Catholic orientation that began publishing in 1960 and appeared weekly for three decades until it disappeared in early 1993. The look that unfolds considered it both a source of information that can nourish various investigations, as an object of study. It's addressing these dimensions and underlining that it was a general interest magazine aimed to a wide audience, it is understood that Esquiú, despite having been little used by historians, it is a privileged resource to advance in the understanding of the changes and continuities that lived the Argentine Catholicism in recent history.

* Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Argentina. E-mail: marianofabris76@gmail.com

Key words: press - catholicism - Episcopate - recent history

Fecha de recepción: 10/10/2016

Fecha de aceptación: 01/03/2017

Introducción

En ocasiones la Iglesia y sus estructuras más institucionalizadas resultan un objeto de estudio difícil de abordar. Uno de los principales inconvenientes que debe enfrentar el investigador es la conformación de un cuerpo de fuentes lo suficientemente amplio para permitir una indagación profunda de los problemas planteados.

Según de qué período se trate, el investigador podrá encontrar el camino medianamente allanado o enfrentará un desafío serio que pondrá a prueba sus herramientas y habilidades. Esto último suele ocurrir cuando se trata de la historia reciente, etapa frente a la cual la jerarquía toma mayores recaudos en respuesta a las cuestiones abiertas a debate. Como consecuencia, no es extraño encontrar vacíos documentales que abarcan los años de la dictadura e intentos institucionales por salvar tales vacíos a través de recopilaciones y reinterpretaciones posteriores.¹ La cuestión tiene, además, notable actualidad ya que en octubre de 2016 las autoridades eclesiásticas anunciaron la apertura de los archivos sobre la dictadura existentes en la sede del Episcopado, de la Nunciatura Apostólica en Buenos Aires y de la Secretaría de Estado de la Santa Sede. Todavía no es posible realizar precisiones sobre el significado y el aporte real de este anuncio al conocimiento del rol de la Iglesia durante la dictadura. Horacio Verbitsky, quien viene trabajando en el tema hace años, se mostró bastante escéptico sobre el valor de los materiales desclasificados.²

Superando las dificultades, en los últimos años aparecieron numerosos trabajos que sacaron provecho de diversos recursos. Entre esos recursos se destacan las entrevistas orales, una fuente de información que permite, además, un acercamiento privilegiado a

¹ Ver, por ejemplo, el folleto del Episcopado *La iglesia y los derechos humanos* (Buenos Aires, Oficina del libro, 1984). En él se incluyeron citas de diferentes documentos anteriores con una evidente intencionalidad de mejorar la imagen social de los obispos en épocas de un creciente cuestionamiento a su rol frente al terrorismo de Estado. En la misma dirección, es significativo que la web oficial (<http://www.episcopado.org>) ofrezca numerosos documentos para descargar pero ninguno para el período 1973-1980.

² Ver, por ejemplo, <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-312633-2016-10-25.html> y <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-313034-2016-10-30.html>

las percepciones de los actores.³ También el acceso a archivos personales, de carácter privado e informal, fue un camino fructífero aunque, claro, no es el más frecuente. Este es el caso, por ejemplo, del trabajo sobre el Vicariato Castrense realizado por Lucas Bilbao y Ariel Lede en base a los diarios personales de Victorio Bonamin, pro vicario castrense durante más de dos décadas.⁴ Más habitual fue recurrir a los documentos oficiales aunque, por sus propias características, estos sólo ofrecen imágenes de la Iglesia y el catolicismo condicionadas por lógicas institucionales que el investigador no puede ignorar. En este sentido, se logra un conocimiento más profundo cuando se accede a los borradores y debates que precedieron a la aprobación de los documentos como pone de manifiesto la investigación de Juan Bonnin sobre *Iglesia y Comunidad Nacional* dado a conocer por la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) en 1981.⁵

A estos recursos relevantes a la hora de acercarnos a la Iglesia y al catolicismo, quisiéramos agregar a la prensa inspirada en principios cristianos, sobre ella reflexionaremos en este artículo. El recorrido que proponemos se centra en una publicación en particular, la revista *Esquiú*, editada durante más de tres décadas. Los historiadores recurrieron con frecuencia a las revistas y diarios católicos en busca de información y lograron así superar la fragmentación y dispersión de las fuentes existentes.⁶ Además, numerosos trabajos consideraron que estas publicaciones constituían actores insertos en relaciones de poder y espacios de debate y expresión de diferentes tradiciones. En esta perspectiva y dentro de una gama amplia y diversa de publicaciones, se enfatizó en el caso de *Criterio*, publicación que cuenta hoy con casi nueve décadas de trayectoria y que ocupa un lugar destacado entre las publicaciones argentinas.⁷ Pero en los últimos tiempos el universo tendió a ampliarse destacándose los

³ Soledad CATOGGIO, *Los desaparecidos de la Iglesia. El clero contestatario frente a la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

⁴ Lucas BILBAO y Ariel LEDE, *Profeta del genocidio. El Vicariato castrense y los diarios del obispo Bonamin en la última dictadura*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2016.

⁵ Juan E. BONNIN, *Génesis política del discurso religioso. Iglesia y Comunidad Nacional (1981) entre la dictadura y la democracia en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2012.

⁶ Ver: Loris ZANATTA, *Del Estado liberal a la Nación católica*, Bernal, UNQ, 1996; Roberto DI STEFANO y Loris ZANATTA, *Historia de la Iglesia argentina*, Buenos Aires, Mondadori, 2000; José María GHIO, *La iglesia católica en la política argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2007; Miranda LIDA, *Historia del catolicismo en la Argentina. Entre el siglo XIX y el siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

⁷ María Ester RAPALO, “La Iglesia católica argentina y el autoritarismo político: la revista Criterio 1928-1931”, *Anuario IEHS*, Tandil, núm. 5, 1990, pp. 51-70; María Isabel DE RUSCHI CRESPO, *Criterio, un periodismo diferente: génesis y fundación*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1998; Omar ACHA, “Organicemos la contrarrevolución: discursos católicos sobre la familia, la reproducción y los géneros a través de Criterio (1928-1943)”, Omar ACHA y Paula HALPERÍN (comps.), *Cuerpos, géneros, identidades. Estudios de Historia de género en Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000, pp. 135-194; Ana María RODRÍGUEZ, “Cuerpo, familia y género. La revista Criterio, discurso católico en la Argentina de mediados del siglo XX”, *Anclajes*, Santa Rosa, núm. 7, 2003, pp. 201-240;

trabajos sobre *Cristianismo y Revolución*, *Orden Cristiano*, o el diario *El Pueblo*,⁸ sólo por citar a alguno de los casos más relevantes. En este marco, la revista *Esquiú* tiene la particularidad de ser, posiblemente, la única revista católica de interés general de cierta envergadura en la segunda mitad del siglo XX.

Consideramos que *Esquiú* constituye una fuente privilegiada para avanzar en la comprensión de los cambios y continuidades que vivió el catolicismo argentino en la historia reciente. Hasta el momento, se trata de una revista escasamente considerada por los historiadores. Se comenzó a publicar en 1960 y apareció en forma semanal hasta principios de 1993. Recurrió a diferentes mecanismos de comercialización –por suscripciones, ventas en quioscos, distribución en las parroquias e instituciones católicas– para proyectarse como una publicación católica para toda la familia. Así, en sus páginas el lector podía encontrar la crónica de los principales sucesos políticos del momento, las últimas novedades cinematográficas –destacando especialmente cuáles eran las producciones moralmente recomendables para la familia católica– o del mundo de la moda y secciones destinadas a los niños. Asimismo, la cobertura de los asuntos vinculados con la Iglesia, entrevistas, documentos, síntesis informativas, datos sobre festividades, encuentros, cursos etc., la diferenciaba de otras publicaciones.

Pretendemos acercar al lector a este recurso y señalar las posibilidades que ofrece para comprender las complejidades del catolicismo en la historia reciente. Pero además, nos interesa hacer especial hincapié en el hecho de que la revista *Esquiú*, tal como señalamos, constituye también un actor inserto en una configuración particular, en este caso aquella que tiene a la jerarquía católica como eje principal. La autodefinición de la publicación como católica la colocaba en un lugar privilegiado frente a una porción del mercado con características específicas, definida en este caso por su religiosidad, pero también definía ciertos límites en los cuales debía manejarse. La jerarquía “como polo

Lorena JESÚS, “Católicos y nacionalistas en los orígenes de la revista *Criterio*, 1928/1930”, Ponencia XI° *Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Tucumán, 19 al 22 de septiembre de 2007; Marcelo BORRELLI, “*Criterio* frente al golpe de Estado de 1976: una apuesta a la salida institucional”, Jorge SABORIDO y Marcelo BORRELLI (comps.) *Voces y Silencios. La prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Eudeba, 2012, pp. 225-249; Sebastián PATTIN y Iris SCHKOLNIK, “El mundo del trabajo y la revista *Criterio*, un vínculo conflictivo (1966-1979)”, *Itinerantes*, Tucumán, núm. 3, 2013, pp. 133-152; Miranda LIDA, “Estética, cultura y política en la revista *Criterio* (Argentina, 1928-1936)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/67968>

⁸ Gustavo MORELLO, *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba, Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2003; Esteban CAMPOS, *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires, Edhasa, 2016; Martín VICENTE, “La cuestión del liberalismo en Orden Cristiano: entre las posiciones antifascistas y la problemática identitaria (1941-1948)”, *Pasado Abierto*, Mar del Plata, núm. 2, 2015, pp. 242-264; Miranda LIDA, *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo 1900-1960*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

hermenéutico total” estaba ahí presente aun cuando la revista estuviera lejos de ser su voz oficial.⁹ Es más, ni siquiera se puede decir que los obispos argentinos tuvieran particular predisposición a privilegiar a *Esquiú* por sobre otras publicaciones. A pesar de esto último, vamos a sostener la hipótesis de que en los períodos de alta conflictividad entre la Iglesia y el poder político, como el que se desarrolló durante los primeros tres años del gobierno de Raúl Alfonsín, publicaciones como *Esquiú* adquieren mayor importancia en las estrategias de la jerarquía eclesial y ello las convierte en recursos especialmente ricos para el investigador interesado en la Iglesia. En aquel tramo la revista fue considerada por la CEA un instrumento de articulación identitaria y de movilización de los católicos frente a la percepción de una amenaza proveniente del gobierno de Alfonsín.

El artículo está organizado en tres partes. En la primera, llevamos a cabo una descripción de la revista *Esquiú* que parte de la trayectoria de sus fundadores, la familia Luchía Puig y culmina considerando los desafíos que debió enfrentar esta publicación desde principios de la década de 1980. En la segunda parte, nos concentramos en el análisis de su desempeño en el contexto del gobierno de Raúl Alfonsín. Aquí nos detenemos fundamentalmente en la coyuntura de conflictividad político-eclesial y observamos de qué forma intervino la revista. Finalmente, el artículo se cierra con un análisis de la última etapa de *Esquiú* cuando fue adquirida por el movimiento eclesial *Comunión y Liberación* (en adelante *CL*). Nos interesa destacar cómo los cambios que vivió la revista en tanto proyecto editorial reflejan, en cierta forma, reacomodamientos más profundos que tuvieron lugar en el catolicismo argentino.

La revista *Esquiú*

Entre 1960 y 1987 la revista *Esquiú* fue administrada y dirigida por la familia Luchía Puig. Sus fundadores fueron los hermanos Luis y Agustín, este último sacerdote. Luego de la muerte de Luis, a principios de la década de 1980, la dirección quedó en manos de su hijo Luis Eduardo. Cuando fundaron *Esquiú*, los Luchía Puig contaban con una

⁹ Diego Mauro define a la jerarquía de la Iglesia como ese “polo hermenéutico total” que coloca a los intelectuales católicos “en una situación siempre precaria” Creemos que, en términos generales, esto también es válido para comprender la posición de las publicaciones católicas. Diego MAURO, “Las voces de Dios en tensión. Los intelectuales católicos entre la interpretación y el control. Santa Fe, 1900-1935”, *Signos Históricas*, núm. 19, 2008, p. 132.

extensa trayectoria en el ámbito editorial ya que se habían iniciado en el rubro en las primeras décadas del siglo XX. Sus diferentes proyectos tuvieron siempre como meta llegar a un espectro amplio de lectores con un discurso simple orientado por principios católicos.

Su primera experiencia editorial fue una revista modesta, de circulación parroquial, llamada *Horizontes*. A esta le siguió, en 1918, *La Novela del Día*, proyecto más ambicioso surgido en respuesta a *La Novela Semanal* que, en palabras de Moisés Álvarez Lijó, estrecho colaborador y biógrafo de Luis Luchía Puig, se dedicaba “a temas sexuales y se burlaba de la moral cristiana.”¹⁰ Más tarde, salió a la luz la revista *Aconcagua* que circuló durante seis años, entre 1930 y 1936. Además, durante las décadas de 1920 y 1930, Luis Luchía Puig fundó tres editoriales. Primero fue la editorial *Bayardo*, luego *Propaganda Moderna* y, finalmente, *Difusión*, su proyecto más exitoso. Esta última se concentró en la edición de títulos populares pertenecientes a autores católicos y se benefició de los obstáculos que impusieron la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial al normal flujo de libros desde el viejo continente. El crecimiento editorial fue tal que en los años 40’ llegó a abrir sucursales en Chile, Perú y Colombia.¹¹

En la década de 1940 los Luchía Puig y sus proyectos no fueron ajenos a los conflictos que estallaron con la aparición en escena del peronismo. Estuvieron entre los sectores católicos que se opusieron a la candidatura de Perón en 1946 y apoyaron a la fórmula de la Unión Democrática. En ese contexto, fundaron el periódico *Estrada* que, tal como señala José Zanca, no fue más que “una hoja de combate” cuya lectura prohibió la Arquidiócesis de Buenos Aires.¹² Según recuerda Álvarez Lijó, quien fue colaborador de *Estrada*, “el propósito de editar una hoja de inspiración católica que se opusiese a las tendencias totalitarias se había afirmado al convocar el gobierno a elecciones presidenciales para el 24 de febrero y estimularse en medios oficiales la candidatura del coronel Juan Domingo Perón.”¹³ Enrique Ghirardi ubica a los Luchía

¹⁰ Moisés ALVAREZ LIJÓ, *Luis Luchía Puig. Vida y obra de un editor*, Buenos Aires, Difusión/Esquiú, 1981, p. 24.

¹¹ Moisés ALVAREZ LIJÓ, *Luis Luchía Puig... cit.*; *Entrevista a Luis E. Luchía Puig*, realizada por el autor, julio de 2011.

¹² José ZANCA, “*Agitadores jesucristianos*. Los católicos personalistas del antifasismo al antiperonismo”, *Jornadas Académicas Los opositores al peronismo*, UNGSM, 2010, p. 16.

¹³ Moisés ALVAREZ LIJÓ, *Luis Luchía Puig... cit.*, p. 126. Desde las páginas de *Estrada*, poco antes de las elecciones de 1946, Agustín Luchía Puig, por entonces párroco de la iglesia San Martín de Tours, sostuvo que los católicos no debían olvidar “tan pronto las lágrimas y la sangre, las ruinas y la muerte que en la destrozada Europa han sido la paga de los dictadores, de los salvadores improvisados, de los aventureros, de los falsos profetas, a las masas incautas, al sufrido pueblo que los siguió encandilado.

Puig entre los dirigentes democristianos claramente antiperonistas aunque, a diferencia de sectores más liberales, también destaca su férreo alineamiento con la doctrina social católica.¹⁴ En 1953 Luchía Puig se hizo cargo de la dirección del diario *El Pueblo* y puso en marcha un importante proyecto de modernización del histórico diario católico fundado bajo el impulso de Federico Grote medio siglo antes.¹⁵ El diario amplió la cantidad de páginas, sumó secciones como las de moda, deportes y cocina, incorporó crucigramas y se hizo más ameno con la multiplicación de las fotografías. Bajo este impulso modernizador y a partir del abandono del discurso de cruzada que lo había caracterizado desde los años veinte, el diario pretendió ampliar su circulación y llegar más allá de los límites del catolicismo.¹⁶ *El Pueblo* fue clausurado en diciembre de 1955 en respuesta, según recuerda Eduardo Luchía Puig, a la publicación de una foto de la movilización de la Inmaculada Concepción, presentada por el diario como una marcha de oposición al gobierno.¹⁷ Como hemos sostenido,¹⁸ esta experiencia interrumpida al frente del diario fue retomada con la fundación del semanario *Esquiú*, ya que la revista trató de recuperar aquel ensayo modernizador en un contexto más propicio.

El marco cultural que ofrecieron los años '60, la expansión del consumo de masas, el discurso sobre el desarrollo y la modernización y la proliferación de publicaciones y empresas editoriales seguramente influyeron, en alguna medida, en el éxito de *Esquiú* en los años siguientes. Fue un contexto de renovación donde:

“Nuevas empresas y estrategias de distribución dirigidas al nuevo público lector, creado por la expansión de la matrícula secundaria y universitaria, hicieron posible largas listas de *best sellers*, como los del boom de la literatura latinoamericana y otros que integraban el nuevo canon literario y las obras de las ciencias sociales y la psicología, que estaban en plena expansión.”¹⁹

¡Que por ventajas inmediatas, y cuán precarias, ningún hijo de la Iglesia ose comprometer la indispensable libertad de su Santa Madre”, *La Nación*, 18 de febrero de 1946, citado en Susana BIANCHI, “La Iglesia católica en los orígenes del peronismo”, *Anuario del IHES*, Tandil, núm. 5, 1990, p. 87.

¹⁴ Enrique GHIRARDI, *La Democracia Cristiana*, Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 91.

¹⁵ Miranda LIDA, *La rotativa de Dios...* cit.

¹⁶ Miranda LIDA, *La rotativa de Dios...* cit.

¹⁷ Entrevista a Luis E. Luchía Puig, realizada por el autor, julio de 2011.

¹⁸ Mariano FABRIS, “De El Pueblo a *Esquiú*. Modernización y regresión conservadora frente a la crisis de la prensa católica”, *Itinerantes*, Tucumán, núm. 3, 2013, pp. 153-170.

¹⁹ Isabella COSSE, “El nuevo periodismo y el estatus de la apertura cultural. Nuevas formas de sociabilidad en Argentina (1962-1969)”, *Cuadernos de Historia*, Montevideo, núm. 9, 2012, p. 95.

Este contexto de transformación cultural y de modernización de las costumbres produjo, en términos de Isabella Cosse, una escisión de la sociedad argentina, siendo los discursos provenientes de sectores del catolicismo un polo de resistencia frente a las transformaciones.²⁰ En este marco, un aspecto en el que se debería indagar es en el vínculo entre el carácter modernizador de la revista *Esquiú* –que ya desde su formato representó cierto *aggiornamento* en comparación con los modelos típicos de la prensa católica– y un discurso católico tradicionalista que no era específico de los apóstoles del orden que protagonizaron el golpe de Estado en 1966, sino que tenía un arraigo notable en la sociedad argentina de la década de 1960.²¹ Además, la aparición de *Esquiú* se dio en un contexto singular también para el catolicismo, conmovido por el anuncio de un nuevo concilio. Como señaló José Zanca, la convocatoria al Concilio dio mayor ímpetu a las tensiones que atravesaban al catolicismo desde finales de la década de 1950. Si el enfrentamiento con Perón y los debates de “laica o libre” permitieron la emergencia de ciertos consensos en el catolicismo, poco quedó de ellos en los umbrales de los años ‘60.²²

La revista se presentó como “auténtica voz católica” que le prestaría “constante eco” a la jerarquía y se dirigiría especialmente a las familias, “donde están nuestras mejores reservas.” Sería “atrayente, como el Evangelio, de juventud perenne en el que iremos a buscar siempre inspiración; popular, para la defensa de las clases más modestas; independiente en política como la misma Iglesia cuya causa abrazamos con amor de hijos; democrática y nacional, finalmente, para combatir contra todos los totalitarismos.”²³ La referencia a los “totalitarismos”, aunque podía tener diversos

²⁰ Isabella COSSE, “El nuevo periodismo...” cit., p. 94.

²¹ Valeria Manzano pone de manifiesto la capacidad de organismos e instituciones católicas –como la Liga de Padres y de Madres de Familia– para encontrar eco en las esferas gubernamentales en su búsqueda por contener cualquier innovación que pudiera significar un cuestionamiento a visiones tradicionales sobre la familia y la juventud, Valeria MANZANO, “Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta”, *Desarrollo Económico*, núm. 199, septiembre-diciembre de 2010, pp. 363 y 364.

²² José ZANCA, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad, 1955-1966*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 26. Una de las cuestiones más interesantes para indagar en el período es aquello que Zanca, siguiendo a autores como Mark Chavez o Karel Dobbelaere, define como un proceso de secularización “resultado concreto de la acción de actores, también concretos, que buscan la reducción –contra otros que buscan la extensión– de la influencia religiosa.” En esta lectura toma sentido el concepto de secularización interna para dar cuenta de la “confluencia de mutaciones societarias y la acción de agentes secularizadores concretos”, José ZANCA, *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 30-31. En el caso de *Esquiú* no se reparó en cuál fue su intervención en este contexto y ello se debe, al menos en parte, a la dificultad para acceder a la colección completa de la revista para este período.

²³ Moisés ALVAREZ LIJÓ, *Luis Luchía Puig...* cit., p. 159.

significados y abarcar a varias experiencias políticas, expresaba el vínculo conflictivo que los Luchía Puig tuvieron con el peronismo.

Si bien el desempeño de *Esquiú* durante las décadas de 1960 y 1970 requiere de otras investigaciones, su asociación al Instituto Verificador de Circulaciones (aspecto que refleja el perfil de empresa editorial moderna que cultivaba *Esquiú* y que la alejaba de las publicaciones parroquiales) nos permite conocer algunos datos estadísticos.

Cuadro 1
Promedio de ejemplares en circulación por edición, 1961-1984

Año	Promedio por edición	Meses disponibles
1961	68366	6
1962	74558	12
1963	67196	12
1964	64505	12
1965	70429	12
1966	71302	12
1967	61710	12
1968	57301	12
1969	58210	12
1970	54096	12
1971	45017	12
1974	42748	12
1975	42426	11
1976	51570	12
1977	64445	12
1978	61804	12
1979	58268	12
1980	43575	12
1981	38811	12
1982	31290	12
1983	27748	11
1984	23908	3

Fuente: elaboración propia según datos suministrados por el IVC.

Como se puede apreciar en el cuadro 1, el nivel de circulación de la revista presenta ciclos bastante marcados. Hay un primer ciclo que se extiende desde su aparición hasta 1966 que, si bien tiene algunas variaciones anuales de consideración, se diferencia de la etapa que le sigue cuando los índices descienden notablemente. Este ciclo de descenso se extiende hasta 1975. Luego se produjo cierta recuperación, bastante moderada, entre

1976 y 1979 y, finalmente, se evidencia otra caída brusca hasta 1984, último año del que disponemos datos.

Es probable que en su desempeño se hayan combinado procesos generales que afectaban a todas las publicaciones de actualidad, junto a problemas más específicos. Tomando el último tramo, es posible comprobar que las principales revistas de actualidad argentinas entre 1981 y 1984 muestran un comportamiento similar, sufriendo un descenso en sus ventas hacia 1982. Entre las cinco publicaciones más importantes del momento, *Humor*, *Gente*, *Siete Días*, *Noticias de la Semana* y *Somos*, se puede observar (Cuadro 2) que sólo la primera presenta índices crecientes. Además, el desglose de los índices muestra dos momentos de crecimiento espectacular, particularmente en *Humor* y *Gente*, que son el de la Guerra de Malvinas y el de la campaña electoral de 1983.

Cuadro 2

Promedio de ejemplares en circulación por edición de revistas de interés general, 1981-1984

	1981	1982	1983	1984
Humor Registrado	133.585	148.174	214.858	152.465
Gente	246821	226663	314926	153905
Siete Días Ilustrados	97.630	64.983	61.056	47.462
Noticias de la Semana	100.479	81.230	71.274	xxx ²⁴
Somos	29.356	25.640	25.572	23.794

Fuente: elaboración propia según datos suministrados por el IVC.

Ambos cuadros permiten observar que la sangría de lectores no afectó solamente a *Esquiú*. Lo que sí distingue a la revista católica del resto de los casos es que, mientras todas las revistas vivieron cierta recuperación durante la campaña electoral de 1983 que se mantuvo hasta diciembre de ese año, los índices de *Esquiú* no se vieron afectados –al menos favorablemente– por los sucesos políticos de ese último trimestre de 1983. No disponemos de datos complementarios que nos permitan establecer hipótesis sólidas sobre las razones de este comportamiento pero no habría que descartar ni el impacto general de un proceso de secularización que volvía menos atractivos productos como *Esquiú*, plenamente asociados a la Iglesia y en particular a su jerarquía, ni tampoco el

²⁴ Sin datos disponibles.

impacto de los cambios políticos en una revista que había apoyado explícitamente a la última dictadura militar.²⁵

La revista respondió a esta situación desplegando diversas estrategias para aumentar sus ventas. Invitó a los lectores a participar en concursos, como fue el caso del “Gran certamen estudiantil ‘Viaje con *Esquiú-Color*’” que premiaba con 30 pasajes ida y vuelta a un destino turístico a los estudiantes que se inscribieran.²⁶ Lanzó consignas para que los lectores escribieran y se comprometieran con la revista y llevó a cabo una intensa campaña en busca de auspiciantes, prometiendo como atractivo una llegada a 120.000 familias.²⁷ Además, persiguiendo los mismos objetivos, adoptó diversas estrategias de venta que prometían, por ejemplo, que a quien se suscribiera en los meses de verano la editorial le enviaría la revista al lugar donde pasaba sus vacaciones.²⁸ Además ofreció el envío a domicilio y el congelamiento de precios para suscriptores, invitó a los lectores a obsequiar la revista a sus “amigos o vecinos”²⁹ y premió a los nuevos lectores con un obsequio, en general un libro religioso o, durante la campaña electoral de 1983, un ejemplar de la Constitución Nacional.³⁰ Desde 1975, la revista otorgaba el premio “Apóstoles de prensa” a los mejores “difusores de *Esquiú Color*.”³¹ Estas estrategias de difusión y comercialización estuvieron acompañadas por un discurso que reprodujo, en el contexto de apertura, un fuerte espíritu de cruzada. En ese discurso, *Esquiú* se presentaba como el bastión de la “buena prensa”, un espacio de resistencia ante el “destape” desatado en el nuevo contexto político. Por ejemplo, en un breve mensaje la revista interpeló a los lectores: “Es común observar que personas cristianamente formadas, que seleccionan cuidadosamente las amistades, que cuidan que sus hijos vayan a colegios religiosos, dejan penetrar en su hogar publicaciones reñidas con su propia concepción de la vida.”³² El nexo entre la búsqueda de nuevos lectores y el discurso de cruzada parecía evidente, adquirir *Esquiú* era parte fundamental de la lucha. Con este panorama la revista inició lo que, finalmente sería, su última década de existencia.

²⁵ La secularización, en tanto proceso abierto e inacabado, no puede fecharse con precisión pero sí podemos plantear, al menos como hipótesis, que en Argentina la retirada militar impulsó un cuestionamiento a la autoridad y en ello se incluyó especialmente a la que ejercían los uniformados y a la que, frente a las costumbres sociales, pretendían ejercer los hombres de la Iglesia.

²⁶ *Esquiú*, núm. 1126, 22 de noviembre de 1981, p. 6.

²⁷ *Esquiú*, núm. 1081, 11 de enero de 1981, p. 8.

²⁸ *Esquiú*, núm. 1128, 6 de diciembre de 1981, p. 6.

²⁹ *Esquiú*, núm. 1207, 1 de junio de 1983, p. 4.

³⁰ *Esquiú*, núm. 1219, 4 de septiembre de 1983, p. 6.

³¹ *Esquiú*, núm. 1158, 4 de julio de 1982, p. 4.

³² *Esquiú*, núm. 1089, 8 de marzo de 1981, p. 3.

La revista *Esquiú* y la Iglesia entre la retirada militar y el retorno de la democracia

Los años finales del último gobierno militar fueron difíciles para la revista *Esquiú* tanto por las posiciones políticas que había asumido hasta entonces como por la grave situación financiera que atravesaba como empresa.

Esquiú se manifestó como uno de los apoyos más activos con los que contó el gobierno militar dentro del catolicismo y desde sus columnas se brindó un respaldo sin fisuras a la llamada “lucha contra la subversión.” Sin embargo, más allá de este consenso básico, ese apoyo tuvo algunos matices que se manifestaron, particularmente, frente a los cambios de gobierno que se sucedieron a partir de 1980. En este sentido, si bien cuando Jorge Videla abandonó la presidencia se lo despidió en forma emotiva, durante la gestión de Roberto Viola predominó una mirada pesimista sobre la realidad política y económica. La revista expresó cierta resignación ante lo que consideró el fracaso del proyecto político del *Proceso* que se encaminaba hacia su final sin haber logrado ni la refundación de la república ni la extirpación del populismo, mal que azotaba a la argentina desde los años de Perón.

En su perspectiva, el de Videla aparecía como “un gobierno de hombres honestos y bien inspirados” que restauró “el principio de autoridad, el orden y la dignidad de la función pública.”³³ Incluso Videla fue elegido en una encuesta entre los lectores como el “argentino más amado” sólo por detrás de San Martín. El ciclo que se inició con la asunción de Roberto Viola como nuevo presidente preanunció el retorno de la vieja política. Según concluyó un atribulado columnista de *Esquiú*, era como “si, lograda ya la victoria militar sobre la subversión terrorista, al Proceso se le hubiera agotado la inspiración; como si con Santucho en la tumba y Firmenich disfrutando los dólares que le suministraron empresarios argentinos [...] ya estuviera todo hecho.”³⁴

El ascenso de Galtieri marcó un *impasse* y la Guerra de Malvinas fue interpretada como el hecho que podría generar un sentimiento de identificación entre la sociedad y el gobierno y otorgar el respaldo necesario para retomar los proyectos iniciales. Un dato no menor es que dos colaboradores habituales de la revista, Rodolfo Baltierrez y Julio

³³ “Al cabo de cinco años de gobierno. Del caos al orden”, *Esquiú*, núm. 1091, 22 de marzo de 1981, p. 18.

³⁴ José GOBELLO, “¿Elecciones en 1984? ¿Será cierto?”, *Esquiú*, núm. 1118, 27 de septiembre de 1981, pp. 6 y 7.

Cesar Gancedo, se incorporaron al nuevo gabinete como secretarios de Información Pública y de Cultura, respectivamente.³⁵

Ante la guerra, Moisés Álvarez Lijó, encargado de la sección de política nacional, tituló su habitual columna “Estamos logrando la unidad nacional.”³⁶ Eugenio Carbonari, por su parte, reclamó la unión de todos “[...] alrededor de las Fuerzas Armadas en esta acción que es del PUEBLO ARGENTINO. Allá están en su misión específica, allí NOS ENORGULLECEMOS DE ELLAS. Allá pueblo y soldados son una sola cosa.”³⁷ Pero la derrota en Malvinas frustró estas esperanzas y convenció a la revista de que el *Proceso* había fracasado y de que sólo era posible aspirar a una retirada digna.

En el período que va del final de la guerra a las elecciones del 30 de octubre de 1983, la jerarquía católica puso en práctica un “servicio de reconciliación” a través del cual intervino entre los principales actores –gobierno, partidos, empresarios y sindicatos– para asegurar una transición pactada hacia la democracia.³⁸ La revista sintonizó con el nuevo tiempo político y apoyó en forma entusiasta la mediación desplegada por los obispos, aun cuando la presencia de algunos políticos y dirigentes sindicales generó reproches de los lectores. En efecto, la vuelta a escena de los dirigentes sindicales no podía ser una buena noticia para una publicación que no sólo no había perdido su impronta antiperonista, sino que había depositado sus esperanzas en que el *Proceso* recuperara la democracia que había naufragado en octubre de 1945. En mayo de 1983, el arzobispo de San Juan, Italo Di Stefano, participó en un acto de la CGT y apareció abrazado al dirigente justicialista Deolindo Bittel y al líder de la CGT Saúl Ubaldini. El hecho no pasó desapercibido para una lectora de *Esquiú*, quien escribió una carta a la revista preguntándose si no habían sido “trabajadores quienes, por medio de la violencia y contaminados ideológicamente por el presidente constitucional de entonces, quemaron y profanaron las iglesias y los sagrarios el 16 de junio de 1955” y si no era cierto “que el Papa Juan Pablo II ha pedido a los obispos y sacerdotes no intervenir en política.” Desde *Esquiú* respondieron que Di Stefano había asistido “para participar en la fiesta del trabajo, de la acción creadora del hombre, bendecida por Dios [...] lo cual no implica connotación política alguna.”³⁹

³⁵ *Esquiú*, núm. 1131, 27 de diciembre de 1981, p. 3.

³⁶ *Esquiú*, núm. 1146, 11 de abril de 1982, p. 9.

³⁷ Eugenio CARBONARI, “Todos unidos somos invencibles”, *Esquiú*, núm. 1146, 11 de abril de 1982, p. 11. Las mayúsculas son del autor.

³⁸ Mariano FABRIS, *Iglesia y democracia. Avatares de la jerarquía católica en la Argentina post autoritaria (1983-1989)*, Rosario, Prohistoria, 2011.

³⁹ *Esquiú*, núm. 1204, 22 de mayo de 1983, p. 13.

Aunque en principio podría parecer paradójico –al menos a la luz de los conflictos que rápidamente se desataron entre el poder político y el poder eclesiástico– esta pervivencia de un férreo antiperonismo explica por qué en *Esquiú* el triunfo de Raúl Alfonsín en las elecciones despertó esperanzas. Consumada la primera derrota del peronismo en elecciones libres de proscripciones, ¿no se concretaría por vía democrática la transformación política postergada? Si esta perspectiva ideológica mantenía expectante a la revista ante el triunfo radical, es posible que en la misma dirección haya empujado la necesidad de adaptar su discurso a un nuevo contexto político de manera tal de poder ampliar su radio de acción llegando a nuevos lectores.

Se produjo entonces cierto *aggiornamento* de su discurso, aunque no fue incompatible con la denuncia del “destape” y de otras novedades asociadas al aflojamiento de los controles ejercidos por el Estado en los medios de comunicación y en los espectáculos artísticos. Ese *aggiornamento* se puso de manifiesto particularmente con la asunción de una posición de distanciamiento frente a la violencia política y la represión que colocó a la revista en sintonía con la llamada “teoría de los dos demonios.” La idea fuerza que sintetizó su posicionamiento fue la del “justo medio” que, por un lado, rechazaba la reivindicación de la acción represiva y, por el otro, denunciaba el espíritu de “venganza” que, desde su perspectiva, guiaba el accionar de algunos organismos de derechos humanos. Así, por ejemplo, cuando Raúl Alfonsín le dio carnadura a aquella teoría al sostener que “se ha pretendido combatir el demonio con el demonio (la violencia con la violencia) convirtiendo al país en un infierno”, Agustín Luchía Puig felicitó al nuevo presidente y afirmó con contundencia que “sólo la impiedad y el demonio dejarán de aplaudirle.”⁴⁰ A través de su respaldo, Luchía Puig, periodista y sacerdote, aprobó también el uso metafórico de las creencias religiosas. Este cruce entre lo religioso y lo político fue, en realidad, un elemento fundamental en el reacomodamiento que llevó a cabo *Esquiú* ya que permitió resignificar en el presente hechos del pasado reciente y proponer un nuevo horizonte hacia el futuro. Ese horizonte fue el de la reconciliación en la que tanto insistían los obispos.⁴¹

⁴⁰ Agustín LUCHÍA PUIG, “De demonios e impiedades”, *Esquiú*, núm. 1239, 22 de enero de 1984, p. 5.

⁴¹ La CEA, que hasta muy tardíamente había mantenido el respaldo al gobierno militar, asumió desde 1981 a la democracia como el horizonte deseado y propuso a la reconciliación como solución de los conflictos que cruzaban a la sociedad argentina. El éxito de esa fórmula reconciliadora –considerado así por su presencia en los discursos políticos de la época– se debió fundamentalmente a la diversidad de sentidos que adquirió y que la convirtió en un recurso al que podían apelar obispos enfrentados entre sí por cuestiones políticas y una amplia gama de actores. Sobre esa diversidad de sentidos ver: Mariano FABRIS, “Perdonar y reconciliarse. La Iglesia Católica Argentina, el retorno de la Democracia y la revisión de la violación de los Derechos Humanos”, *Secuencia*, México, núm. 85, 2013, pp. 69 a 89.

La resignificación tuvo en las Madres de Plaza de Mayo a su objeto más paradójico. Las Madres fueron víctimas de la represión del régimen militar y en la aceptación social de esa represión los medios de comunicación más cercanos al gobierno tuvieron un rol fundamental. Sin embargo, en el contexto de la debacle militar –que tanto ayudaron a desencadenar los organismos defensores de los DDHH– las Madres pasaron a ocupar un lugar central en la política argentina. Hasta el cambio de gobierno, *Esquiú* reprodujo el discurso castrense y descalificó la lucha de las Madres sosteniendo que buscaba la continuación de la acción “subversiva” por otros medios para erosionar el apoyo de la sociedad y la comunidad internacional al gobierno militar. Una cita de 1981 expone con claridad la interpretación que predominaba en la revista frente a lo que llamaba “guerra sucia”:

“[...] siempre es bueno recordar el sacrificio de quienes inmolaron sus vidas para que los argentinos, hoy, podamos vivir en libertad [...] Los argentinos debemos estar orgullosos de nuestras Fuerzas Armadas, que supieron defender el derecho que teníamos de seguir viviendo en el sistema que elegimos desde los albores de la Patria [...] Y si nuestro país está de pie junto a los que no admiten la esclavitud marxista, es por derecho propio. Por ese derecho ganado por un pueblo que no quiso ser esclavo y que para ello tuvo héroes anónimos y mártires como los que recordó el Ejército Argentino. Sus nombres y el derecho a vivir no habrán de figurar nunca en las listas de quienes reclaman con fines ocultos los principios de los derechos humanos, derechos que no dudamos deben ser inviolables para los que luchan, verdaderamente, por su libertad.”⁴²

En definitiva, la cuestión de los desaparecidos no era más que un “un caballito de batalla de buena parte de la oposición [y] de la campaña contra el país que se registra en el exterior.”⁴³ Por esta razón, durante 1982 y 1983, mientras el tema de los

Sobre el rol de la Iglesia y los obispos durante la dictadura queda mucho por investigar. De todas maneras existe, al menos desde la pionera investigación de Emilio Mignone, un conjunto de trabajos que constituye un punto de partida ineludible para cualquier problematización sobre el tema. Se destacan entonces: Emilio MIGNONE, *Iglesia y dictadura*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986; Martín OBREGÓN, *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del “Proceso”*, Bernal, UNQ, 2005; Horacio VERBITSKY, *Doble juego. La Argentina católica y militar*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006; Lucas BILBAO y Ariel LEDE, *Profeta del genocidio. El Vicariato castrense y los diarios del obispo Bonamín en la última dictadura*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana; Soledad CATOGGIO, *Los desaparecidos de la Iglesia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

⁴² *Esquiú*, núm. 1096, 26 de abril de 1981, p. 6.

⁴³ *Esquiú*, núm. 1140, 28 de febrero de 1982, p. 8.

desaparecidos se reposicionaba en los medios ocupando portadas y páginas centrales, en *Esquiú* hubo un tratamiento escaso. Pero en 1984 la posición de la revista cambió sensiblemente. No sólo hubo más espacio dedicado al tema sino que la interpretación fue otra. En abril de ese año la revista publicó una tapa que representaba a las Madres de Plaza de Mayo rezando en torno a una cruz. La revista anticipó el impacto que tendría la imagen y ofreció una “explicación”:

“No es la primera vez, ni será la última, que *Esquiú* se ocupa de las Madres de Plaza de Mayo. Hemos sido comprensivos con su dolor pero no vacilamos en señalar la instrumentación política que circundaba sus acciones. Tampoco podemos dejar de reconocer su papel protagónico como despertadoras de la conciencia del país sobre un tema que muchos prefieren soslayar: las violaciones a los derechos humanos. Tanto las cometidas por los subversivos como las todavía más graves, por provenir de quienes debieron dar ejemplo, perpetradas por aquellos que se excedieron en la represión.”⁴⁴

La revista, si bien recordaba la “instrumentación política” de las Madres, las valoraba como un actor central en la transición ya que habían sido las encargadas de tematizar lo que “otros prefieren soslayar.” Asimismo, situaba la lucha llevada a cabo en sus propios marcos interpretativos, los del “justo medio”, al sostener que la cuestión de las violaciones a los derechos humanos refería tanto a los actos de la “subversión” como a los de quienes eran los encargados de reprimirla. Si bien en la nueva etapa perduraban elementos del discurso político articulado anteriormente, los mismos se insertaban en una lectura diferente y frente a ello se impone la pregunta sobre cómo los lectores recibieron el cambio. Lo cierto es que la adopción de estas posiciones condujo a la revista a una situación aún más compleja. Ocurrió lo que también fue señalado para el diario español *Ya*,⁴⁵ una cierta indefinición política que afectó el vínculo con sus lectores. O sea, si el *aggiornamento* del discurso fue puesto en práctica como una posible solución a los problemas económicos, es probable que en realidad haya ocurrido lo contrario.

⁴⁴ “Nuestra portada”, *Esquiú*, núm. 1253, 29 de abril de 1984, p. 2.

⁴⁵ Pablo PÉREZ LÓPEZ, “Católicos y medios de comunicación en España durante el franquismo y la democracia. Un análisis comparativo”, José RUIZ SÁNCHEZ (ed.), *Catolicismo y comunicación en la historia contemporánea*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, p. 69.

A la redacción comenzaron a llegar cartas que reclamaban una vuelta de la revista a sus antiguas posiciones y manifestaban con virulencia su oposición al nuevo tratamiento que se le daba a las Madres. Según sostuvo una lectora “esas madres del dichoso pañuelito [...] se prestan para la clásica ronda respaldadas por dólares [D]isculpen, pero el que calla otorga y esa tapa enferma.”⁴⁶ Más tarde otra carta insistió en el tema quejándose de que “... últimamente dedicaron páginas a todo color y amplia difusión para las Madres de Plaza de Mayo, para el premio Nobel Esquivel y para dos obispos [De Nevares y Novak] que parecen ser la única voz de la Iglesia [...] Las Madres de Plaza de Mayo no nos representan a todas las madres que sentimos dolor [...] Cuidemos este periódico que hasta ahora no creaba sectarismos que dividen.”⁴⁷ La revista respondió: “nos parece que el sano justo medio ha sido olvidado por usted.”⁴⁸

Lamentablemente, dada la inexistencia de estadísticas a partir de 1984, no podemos comprobar el impacto concreto de estos cambios en sus ventas. Sabemos sí, por los testimonios recogidos en las entrevistas, que la situación no mejoró. Sin embargo, la revista se mantuvo en manos de sus dueños originales durante tres años más y fue vendida en los últimos meses de 1987. Para comprender porque la revista subsistió, en las mismas manos y con el mismo formato, a pesar de atravesar una situación financiera apremiante, hay que tomar en cuenta el contexto político. En este sentido, a medida que las discrepancias entre el nuevo gobierno y la jerarquía eclesiástica se acentuaron, la revista adquirió cierta importancia en las estrategias de la CEA. En razón de ello, *Esquiú* fue abandonando sus expectativas iniciales con respecto al proceso político y no desaprovechó la oportunidad de centrar sus intervenciones en la defensa de la Iglesia. Incluso los obispos que siempre se habían limitado a aceptar la existencia de una publicación como *Esquiú*, encontraron en la revista una herramienta útil y no dudaron en aprovecharla.

Entre 1984 y 1987 las relaciones entre el nuevo gobierno y la Iglesia atravesaron momentos de tensión y de conflicto abierto. El alfonsinismo sostuvo su proyecto sobre la demarcación de una frontera política frente al pasado que incluyó un distanciamiento con respecto a la violencia política y a la represión de la década anterior y una profunda crítica a una cultura política autoritaria que habría sido dominante desde 1930.⁴⁹ Era en

⁴⁶ “Las Madres de Plaza de Mayo”, *Esquiú*, núm. 1256, 20 de mayo de 1984, p. 12.

⁴⁷ “Algo más sobre ‘Las Madres de la Plaza’”, *Esquiú*, núm. 1269, 19 de agosto de 1984, p. 12.

⁴⁸ “Algo más sobre ‘Las Madres de la Plaza’”, *Esquiú*, núm. 1269, 19 de agosto de 1984, p. 12.

⁴⁹ Gerardo Aboy Carlés entiende por frontera política “el proceso mítico de constitución de una abrupta diferencia respecto del pasado, la conformación de una identidad que deviene hegemónica y que establece

ese pasado donde la presencia de la Iglesia -y otros actores corporativos- se tornaba una anomalía que la nueva democracia, entendida en los propios términos del gobierno, debía corregir. Las pretensiones hegemónicas del alfonsinismo despertaron el rechazo de diversos actores y en la Iglesia se instaló la idea de que el nuevo gobierno se proponía transformar la cultura tradicional. Desde esta lógica, el divorcio, la permisibilidad en materia de espectáculos o el debate sobre una reforma educativa buscaban, en realidad, erosionar la posición de la Iglesia.

Las tensiones se intensificaron a partir del debate sobre el divorcio vincular, la revisión del papel de la Iglesia en el pasado reciente, el impacto del llamado “destape” de la cultura y las discusiones en el Congreso Pedagógico Nacional (CPN). Cada una de estas cuestiones puso de manifiesto diversos procesos sociales y políticos que afectaban a la Iglesia. En este sentido, por ejemplo, mientras que la histórica disputa en torno al divorcio remitía a la laicidad entendida como un proceso o “transición de formas de legitimidad sagrada a formas democráticas o basadas en la soberanía popular”,⁵⁰ la explosión del “destape” con la tematización de cuestiones sexuales en los medios de comunicación, cuyo debate público la Iglesia rechazaba, nos remite al proceso de secularización situado en el ámbito de la cultura en sentido amplio. Al mismo tiempo, las respuestas que los católicos le dieron a estos procesos, que muchas veces se alejaron abiertamente de lo que prescribían los obispos, también pusieron de manifiesto un cambio en el papel de la autoridad dentro de la Iglesia. En este marco entonces, la revista *Esquiú* adquirió una renovada importancia para la defensa de los intereses y valores de la Iglesia y también como un mecanismo de transmisión al interior de la configuración católica de una serie de principios básicos que debían estar fuera de discusión y en cuya defensa se debían movilizar los católicos.

Más allá del éxito o el fracaso en el camino emprendido, el rol jugado por la revista nos puede ayudar a explicar, al menos en parte, porque un proyecto editorial que a la salida de la dictadura parecía acercarse a su final, pudo subsistir reforzando el discurso de cruzada que lo convertía en un producto para un público lector cada vez más

una radical discontinuidad con la objetividad dominante, con la sedimentación preexistente materializada en las identidades políticas vigentes” Se trata del “... planteamiento de una escisión temporal que contrasta dos espacialidades diferentes. La demonización de un pasado, que se requiere aún visible y presente, frente a la construcción de un futuro venturoso que aparece como la contracara *vis à vis* de ese pasado que se pretende dejar atrás”, Gerardo ABOY CARLÉS, *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas, de Alfonsín a Menem*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 2001, pp. 169-170.

⁵⁰ Roberto BLANCARTE, “El porqué de un Estado laico”, Roberto BLANCARTE (comp.), *Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo*, México, El Colegio de México, 2008, p. 44.

restringido. Asimismo, si *Esquiú* fue durante esos años un instrumento de defensa de una Iglesia que asumía estar viviendo un ataque deliberado desde el centro del poder político, ello también anunció un cambio significativo en la posición de la Iglesia en la configuración social en el sentido de que, aún con un discurso de proyecciones totalizantes, debió recurrir a una revista que interpelaba a los católicos como un grupo específico en una sociedad plural.

La revista *Esquiú* fue en esta etapa un canal de expresión de las perspectivas que colocaban a la Iglesia como un bastión en la defensa de las tradiciones amenazadas. La gran “cruzada” fue, sin dudas, la que se llevó a cabo contra los proyectos de divorcio. A decir verdad, la revista ya venía jugando un papel relevante desde el último tramo de la dictadura al punto de que por algún tiempo incluyó un suplemento llamado *En Familia* que estaba a cargo del Secretario Episcopal para la Familia y obispo de Mercedes, Emilio Ogñenovich. Desde sus páginas el obispo anunciaba el apocalipsis social en el que se hundiría el país si las autoridades civiles decidían avanzar en la reforma de la legislación familiar. Cuando el enfrentamiento con el gobierno en torno a este tema se profundizó, entre 1985 y 1986, la revista puso todo su empeño en la campaña antidivorcista. A través de entrevistas, testimonios, informes y suplementos convocó a todos los católicos para participar en charlas, encuentros y movilizaciones. La revista fue fundamental en la animación y promoción de las estrategias llevadas a cabo desde la Comisión Episcopal para la Familia. El *clímax* de la campaña fue una movilización a la Plaza de Mayo para la que se llevó en procesión, por segunda vez en la historia, a la Virgen de Lujan. La revista colaboró con la organización de ese acto suministrando toda la información necesaria para participar y llevó a cabo una completa cobertura para reflejar la espectacularidad de un evento que, en realidad, estuvo muy por debajo de las expectativas de sus promotores.⁵¹

La revista tuvo un rol similar en la lucha contra el “destape”, término que en los discursos episcopales designó a contenidos, de tipo sexual en particular, que comenzaron a ganar lugar en los medios de comunicación en los últimos años de la

⁵¹ El divorcio vincular obtuvo la media sanción de la Cámara de Diputados en agosto de 1986. En el Senado el tema se pospuso para el año siguiente en parte como un gesto hacia el Episcopado que esperaba que el divorcio no se aprobara, al menos, antes de la visita de Juan Pablo II. Luego de la aprobación en Diputados y a la luz del fracaso de la estrategia desplegada por el Comisión Episcopal para la Familia, los obispos bajaron el tono del conflicto al punto que la aprobación definitiva del divorcio apenas produjo reacciones. Ver Mariano FABRIS “La sanción del divorcio en Argentina. La posición de la Iglesia y los debates políticos”, Mariano FABRIS y Roberto TORTORELLA (comp.), *Democracia en reconstrucción. Mosaico histórico de los años ochenta*, Mar del Plata, Eudem, 2011, pp. 91-123.

dictadura.⁵² Con la transición española como antecedente, los obispos presionaron a las autoridades militares, primero, y a las civiles, después, para que ejercieran controles más férreos. En algunas publicaciones como *El Porteño* se auspició un debate sobre el sexo, las identidades de género y el rol de instituciones como la Iglesia católica en la definición de las conductas aceptadas socialmente. En otras revistas, como *Libre*, se optó por un tratamiento más sensacionalista, pero no menos peligroso en la óptica de los obispos, que erosionaba la moral católica del pueblo. Luego del retorno de la democracia hubo algunos hechos puntuales que sintetizaron la batalla llevada a cabo por una parte del Episcopado y el fuerte respaldo que le brindó *Esquiú*. Se destacan las presentaciones teatrales de Dario Fo, quien visitó la Argentina en mayo de 1984 para presentar las obras “Mistero Buffo” y “Tutta casa, letto e Chiesa”, y la fallida proyección de *Yo te saludo, María*, la película de Jean Luc Godard.⁵³ *Esquiú* no se limitó a reproducir los reclamos episcopales, sino que interpeló a los católicos y reclamó un compromiso activo. Las presentaciones de Darío Fo culminaron con una gresca de proporciones entre los asistentes y un grupo de católicos que intentó impedir las. Frente a estos hechos, Gerardo Palacios Hardy, un colaborador habitual de la revista, justificó la reacción de los católicos:

“la violencia se instaló en el escenario del Teatro San Martín. Fue, además, la peor de las violencias, mucho más grave que la meramente física, cual es la que se ejerce sobre los espíritus. Fue una violencia solapada, sutil, orientada –como tantas otras cosas que se ven hoy en la Argentina– a demoler los cimientos sobre los cuales se asienta la Nación histórica. Por eso, por su contenido perverso y provocativo, no vacilo en afirmar que la reacción que produjo fue débil y de ninguna manera proporcionada a la maldad e intensidad del ataque.”⁵⁴

En cuanto a la película de Godard, que motivó cartas, solicitadas y reclamos de los obispos pidiendo su prohibición, desde las páginas de *Esquiú* se convocó a opinar al rector de la Universidad Católica, Octavio Derisi, uno de los obispos más

⁵² Ver: Mariano FABRIS “La sanción del divorcio...” cit.

⁵³ Fo fue definido por el *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina* como “un militante anarco-comunista italiano que emplea sus condiciones bufonescas para atacar a la Iglesia Católica”, *Boletín AICA*, núm. 1431, 24 de mayo de 1984, p. 3.

⁵⁴ Gerardo PALACIOS HARDY, “Globo de ensayo”, *Esquiú Color*, núm.1257, 02 de junio de 1984, p. 4.

conservadores, quien avisó que “la Iglesia y los obispos no se hacen responsables de la reacción o los desbarajustes al que lleguen nuestros muchachos si se sienten heridos.”⁵⁵

Un tema central para comprender los desafíos que se le abrieron a la revista *Esquiú* con el retorno de la democracia fue el de la revisión del papel que había jugado la Iglesia durante los años de la dictadura. Se trató de una cuestión particularmente sensible porque afectaba aquel *aggiornamento* del discurso político que había ensayado la revista. En este sentido, si inicialmente el cambio en la mirada sobre el pasado reciente había convivido con un discurso de cruzada en temas como el divorcio o el “destape”, la definición de cuál había sido el rol de la jerarquía eclesiástica en ese pasado tensionó las posiciones de la revista. Frente a esta disyuntiva, *Esquiú* abandonó a lo largo de 1984 aquel posicionamiento a través del cual se erigía en defensora del “justo medio.” Es posible que el punto de inflexión se haya producido a raíz de la publicación, por parte de la revista *El Periodista*, de una supuesta lista de la CONADEP que incluía miembros de la Iglesia vinculados a la represión. La nota periodística mencionó a Pío Laghi, ex nuncio apostólico, a quien se lo habría visto en un centro clandestino de detención en Tucumán, a Antonio Plaza, arzobispo de La Plata, a Blas Conrero, arzobispo de Tucumán –fallecido en julio de 1982– y a más de una decena de sacerdotes.⁵⁶ La sola mención del ex nuncio generó una reacción monolítica del Episcopado que en un documento expresó:

“Se quita la fama a muchas personas e instituciones, algunas de ellas fundamentales para la Nación. Hemos conocido públicas acusaciones que han circulado por el mundo en una ola de calumnias que no se podrán borrar con los desmentidos posteriores y que han manchado la fama de muchos antes de ser debidamente probada su culpa. Por lo que se refiere a la Iglesia, se ha tocado la imagen de laicos, sacerdotes y Obispos, y hasta la de un representante de la Santa Sede. Aún más, las de ilustres Obispos fallecidos, cuyas figuras son honra de la Argentina. La reiteración de esas injustas acusaciones pareciera pretender a veces

⁵⁵ *Esquiú*, núm. 1337, 08 de diciembre de 1985, p. 6.

⁵⁶ Esta información fue dada a conocer por *El Periodista* como la lista secreta que la CONADEP había rehusado hacer pública y que contenía los nombres de los implicados según los relatos de los testigos. Figuraron los sacerdotes Gracelli, Moni, Phordoy, Astolfi, Cacabello, Fernández, Armando Monzón, Rodobaldo Ruiz Sanchez, Silva, Sosa, Von Wernich y Biagoli, *Clarín*, 04 de noviembre de 1984, p. 4.

obscurer o negar la presencia de la Iglesia en un campo donde actuó con generosidad y firmeza y, en muchos casos, en silencioso y arriesgado esfuerzo.”⁵⁷

Esquiú se encargó de reproducir esta interpretación oficial según la cual la Iglesia, además de ser uno de los actores que más había hecho por el retorno de la democracia, era uno de los pocos que se había manifestado frente a las autoridades militares reclamando un encuadre legal de la represión y había solicitado información sobre las personas que se encontraban desaparecidas. Incluso publicó una entrevista a Pio Laghi en la que el ex nuncio rechazó de plano las acusaciones.⁵⁸ El punto destacado es que esta insistencia en el papel de la jerarquía, que no era nueva en realidad, se insertó en una interpretación del pasado reciente que abandonó la idea del “justo medio” y pasó a hacer hincapié en la responsabilidad de la sociedad.⁵⁹ Ello se vio claramente cuando, frente al juicio a los ex comandantes, *Esquiú* defendió la idea de que los militares eran el “chivo expiatorio” que cargaba con las culpas que en realidad eran de toda la sociedad. Para Luis Eduardo Luchía Puig, la sociedad, “enferma de violencia”, apañó “la furia subversiva” destinada a “establecer en la Argentina una dictadura marxista” y luego respaldó “la enérgica y sacrificada intervención de las fuerzas armadas.”⁶⁰ Frente a ello reclamó que no se cayera en la “hipocresía de buscar ‘chivos expiatorios’ de culpas que a todos, en mayor o menor grado, nos toca compartir.”⁶¹ Así, la revista volvió al punto inicial y alimentó la “vulgata procesista” que reclamaba reconocimiento para los militares.⁶²

La frontera frente al pasado que pretendió constituir el alfonsinismo también se expresó a través de sus propuestas en el ámbito educativo.⁶³ Para consolidar a la democracia había que intervenir en ese ámbito considerado el territorio inexpugnable de las más añejas concepciones.⁶⁴ La gestión radical, en este marco, asumió una “verdadera

⁵⁷ CEA, “Construyamos todos la nación”, *Documentos del Episcopado Argentino, 1984*, Buenos Aires, Oficina del Libro, 1989, p. 207.

⁵⁸ *Esquiú*, núm. 1281, 17 de marzo de 1985, p. 8.

⁵⁹ Ver Mariano FABRIS, “Revisar el pasado reciente. Las revistas *Criterio* y *Esquiú* y la cuestión de los derechos humanos, 1981-1985”, *Quinto Sol*, vol. 19, núm. 3, 2015, pp. 1-21

⁶⁰ Luis E. LUCHÍA PUIG, “El fin y los medios”, *Esquiú*, núm. 1307, 12 de mayo de 1985, p. 3.

⁶¹ Luis E. LUCHÍA PUIG, “El fin y los medios”, *Esquiú*, núm. 1307, 12 de mayo de 1985, p. 3.

⁶² Federico LORENZ, “Recuerden argentinos: Por una revisión de la vulgata procesista”, *Entrepasados*, Buenos Aires, núm. 28, 2005, pp. 65-83.

⁶³ Guillermina TIRAMONTI, “Veinte años de democracia: acepciones y perspectivas para la democratización del sistema educativo”, Marcos NOVARO y Vicente PALERMO (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa, 2004, p. 226.

⁶⁴ Mariano FABRIS, “Laicidad y secularización en Córdoba en la década de 1980. Iglesia y catolicismo en los debates de la Convención Constituyente y del Congreso Pedagógico”, Marcela FERRARI y

impronta pedagógica, la democracia debía enseñarse y el CPN no sólo reflexionaría sobre la educación, al mismo tiempo sería un método a través del cual la ciudadanía iría interiorizando los nuevos valores.”⁶⁵ El CPN fue planteado como un nuevo hito dentro de una tradición que se remontaba al Congreso Pedagógico de 1882, recordado por el enfrentamiento entre católicos y liberales. Para Francisco Delich, Secretario de Educación, la convocatoria al CPN se inscribía en la recuperación de la solidaridad y la participación sofocadas por el autoritarismo a través de una “una participación no corporativa, una participación no particularista, una participación ligada a los grandes objetivos de la Nación, a los grandes objetivos de la democracia, una participación capaz de trascender los intereses legítimos.”⁶⁶ Como afirmaba la diputada radical Díaz de Agüero, el verdadero sistema educativo había sido erosionado por intereses que, defendiendo el principio de subsidiariedad, lograron alejar al Estado de su función “[...] de asegurar la educación popular en el país.”⁶⁷ Era por demás evidente que estas declaraciones tenían a la Iglesia como principal destinataria.

Frente a este debate, convocado por ley en septiembre de 1984, la revista *Esquiú* tuvo una actitud ambivalente que no hizo sino reflejar las dudas que inicialmente tuvieron los obispos mismos. En este sentido, dentro del Episcopado hubo una diversidad de respuestas ya que algunos obispos ignoraron la convocatoria mientras otros la rechazaron explícitamente –como fue el caso de Antonio Quarracino– porque consideraron que formaba parte de un proyecto destinado a eliminar los principios asociados al catolicismo y la educación confesional misma.⁶⁸ En el documento *Construyamos Todos la Nación* los obispos señalaron con respecto al ámbito educativo que:

“[...] no podemos ocultar fundados temores por el hecho de que en este terreno se están programando y desarrollando, desde diversos niveles del Estado de un modo

Mónica GORDILLO (comps.), *La reconstrucción democrática en clave provincial*, Rosario, Prohistoria, 2015, p. 192.

⁶⁵ Mariano FABRIS, “Laicidad y secularización...” cit., p. 192.

⁶⁶ COMISIÓN DE EDUCACIÓN DEL SENADO DE LA NACIÓN, *Estrategias para la participación y la difusión del Congreso Pedagógico Nacional*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1987, p. 18.

⁶⁷ CONGRESO NACIONAL, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, año 1984, 20a reunión, 13a sesión, Buenos Aires, t. V, Imprenta del Congreso de la Nación, 1985, p. 3169.

⁶⁸ Cuando a Quarracino le preguntaron sobre posibles objetivos implícitos en la convocatoria al CPN, el arzobispo de La Plata respondió: “no creo ni dejo de creer. Lo que me parece cierto es que en los complejos círculos del gobierno y del poder hay engranajes que se mueven curiosa y raramente. Esto es claro en los diversos campos de la cultura”, *Boletín AICA*, núm. 1552, 18/09/1984, p. 14.

unilateral, orientaciones y líneas que son discutibles o inaceptables. Es indudable que se está sobrepasando la neutralidad, ideologizando contenidos y métodos con signos decididamente materialistas; incluso a la sombra del nombre de la democracia.”⁶⁹

La revista reflejó estas primeras reacciones.⁷⁰ Incluso publicó varias columnas de colaboradores invitados desde las que se cuestionó fuertemente al CPN. En una de ellas, Roberto Bonamino, viejo militante católico y director de *El Pueblo* en los años ‘50, sostuvo:

“Advertimos un serio peligro en la realización de este Congreso si en él se determinaran formas pedagógicas que respondieran a un concepto falso de ‘concientización’, por lo cual se crearán estados de exasperación y se promoviera un rechazo de todo valor trascendente. Si esto ocurriera se pondría en marcha un proceso por el cual, afirmándose en ideologías ajenas a nuestra idiosincrasia, sería capaz de destruir en la mente de los educandos hasta el concepto de Dios, creando generaciones indiferentes a la respuesta cristiana para los problemas que plantea la existencia.”⁷¹

Sin embargo, pasada esta primera reacción y tal vez por el impulso que le dio el obispo Emilio Bianchi Di Cárcano, presidente del Equipo de Educación Católica, la Iglesia modificó su actitud institucional e impulsó una campaña de participación activa de los católicos en el CPN. En ese marco, la revista fue elegida como un canal privilegiado a través del cual los católicos debían informarse para participar en las sesiones de discusión del congreso. La CEA buscó que esa participación estuviera asentada en una serie de pautas e ideas claras que *Esquiú* reprodujo constantemente en documentos, suplementos e informes. Manuel Abraldes, periodista encargado de la columna sobre educación de *Esquiú*, explicitó el compromiso que asumía la revista:

⁶⁹ CEA, “Construyamos...” cit., p. 208

⁷⁰ Antes de que se aprobara la ley de convocatoria al Congreso en septiembre de 1984 la revista entrevistó al obispo de Lomas de Zamora, Desiderio Collino, quien alertó sobre “el ataque que sufrirá [...] la escuela católica” y reclamó la unidad de los católicos para enfrentarlo. *Esquiú*, núm. 1255, 13 de mayo de 1984, p. 8

⁷¹ Roberto BONAMINO, “Educación y Cultura”, *Esquiú*, núm. 1334, 17 de noviembre de 1985, p. 10.

“El llamado es amplio y todos hemos sido convocados, sin distinción de banderías o diferencias políticas, sociales o religiosas [...] el partido lo jugarán los que están en la cancha. La tribuna queda para los mirones. Esos que critican siempre a expensas del sudor y sacrificio ajenos. Por eso el llamado y el alerta. Por eso nuestras páginas al servicio del desarrollo del Congreso y alerta, como atento vigía, ante todo aquel que conspire contra la persona humana y su trascendencia.”⁷²

La participación de la Iglesia en el CPN fue exitosa, los católicos fueron los principales protagonistas y, si bien el evento se alejó de la propuesta inicial que proponía un espacio de debate amplio y se convirtió en un choque entre los sectores católicos y el oficialismo, se trató de una experiencia de participación importante para la Iglesia en un contexto crítico. El balance fue positivo y muchos de los principios defendidos por los sectores católicos fueron incluidos en el documento final del CPN.

Estos focos de conflicto que repasamos someramente se fueron apagando a lo largo de 1987. Después de varias postergaciones en respuesta a los deseos de la jerarquía católica, el 3 de junio de 1987 se sancionó la ley de divorcio. En cuanto a la revisión del pasado reciente, el levantamiento militar de Semana Santa de 1987, la posterior ley de Obediencia Debida y los enfrentamientos al interior del Ejército, corrieron el eje del debate de la “cuestión de los derechos humanos” a la “cuestión militar.” Así, en cierta medida, quedó en suspenso la discusión sobre el papel de otros actores, como los eclesiásticos, durante la dictadura. También para esa época ya había perdido centralidad la cuestión del “destape” dado que muchos de los temas que despertaron el rechazo de los obispos se comenzaban a naturalizar o, al menos, perdieron la espectacularidad inicial. Finalmente, también el CPN estaba llegando a su fin ya que durante 1987 se llevaron a cabo los debates jurisdiccionales que, como señalamos, dejaron bien parados a los representantes católicos.

⁷² Manuel ABRALDES, “Los católicos ante el Congreso Pedagógico”, *Esquiú*, núm. 1366, 20 de junio de 1986, p. 14.

La última etapa de *Esquiú* como expresión de cambios en el catolicismo argentino

En 1987 Luchía Puig decidió vender la revista luego de intentar, infructuosamente, que el Episcopado se hiciera cargo de la misma.⁷³ Fue adquirida por el movimiento eclesial *CL* que la administró hasta su cierre. El movimiento nació en Italia en la década de 1960 bajo la inspiración del sacerdote Luigi Giussani. Desde entonces se presentó con un discurso integral y un compromiso activo en la lucha contra el proceso secularizador que, entendía, afectaba a la sociedad italiana. Hacia 1984 llegó a la Argentina gracias a la gestión de un grupo de laicos y al respaldo de Antonio Quarracino, por entonces obispo de Avellaneda.⁷⁴

¿Qué cambió en *Esquiú* a partir de entonces? Mucho y ello permite ver, a través de un caso específico, movimientos profundos que recorren al catolicismo y que dan cuenta de los procesos de recomposición de la religión.⁷⁵ Es posible afirmar que *Esquiú* constituía un emprendimiento periodístico característico de un modelo eclesial firmemente asentado en la centralidad de la jerarquía y que concebía la participación del laicado a través de grupos institucionalizados en el espacio parroquial, justamente, espacio privilegiado por *Esquiú* para su distribución. Más allá de la importancia que le atribuyó la jerarquía en sus estrategias, relevante sólo en coyunturas específicas, la concepción que estaba por detrás de un proyecto ambicioso como el de *Esquiú* era la de un catolicismo triunfal cuyos límites se dilataban hasta coincidir con la Nación. Teniendo en cuenta estas concepciones, que la revista fuera adquirida por un movimiento eclesial marcó un cambio significativo. Los movimientos eclesiales desde el Concilio Vaticano II “renovaron la identificación de los laicos católicos con la Iglesia, canalizaron nuevas formas de protagonismo en las sociedades contemporáneas” y, al mismo tiempo, pusieron de manifiesto cambios “en las relaciones de poder al interior de la institución eclesiástica en dirección a una mayor autonomía de los individuos y los grupos frente al poder de la jerarquía.”⁷⁶

No es exagerado afirmar que, desde finales de 1987 y en forma vertiginosa, la revista *Esquiú* se convirtió en un nuevo producto. En primer lugar, dejó de ser una revista de

⁷³ Entrevista a Luis E. Luchía Puig, realizada por el autor, 2011.

⁷⁴ Mariano FABRIS, “El movimiento eclesial Comunión y Liberación en la Argentina de la década de 1980. Su lucha contra la secularización y su apuesta por un catolicismo militante”, *Cultura y Religión*, Chile, vol. 9, núm. 2, 2015, pp. 100-119.

⁷⁵ Danièle HERVIEU-LÉGER, *El peregrino y el convertido*, México, Ed. Helénico. 2004.

⁷⁶ Mariano FABRIS, “El movimiento eclesial...” cit., p. 101.

interés general dedicada a la toda la familia y desde entonces asumió el perfil de una revista de cultura y debate intelectual.⁷⁷ En segundo lugar, si hasta 1987 fue una revista que le otorgó preponderancia a la lógica empresarial, con *CL* fue una herramienta a través de la cual el movimiento buscó abrirse paso en el catolicismo argentino, junto a una gama amplia de prácticas, interpelando a los laicos y religiosos y sometiendo a una crítica severa a las formas de vivir la religiosidad de los argentinos. *Esquiú* pasó a ser entonces un instrumento de intervención pública de un movimiento que pretendía influir en las relaciones de poder que cruzaban al catolicismo. En tercer lugar, y en relación estrecha con lo anterior, desde entonces la revista *Esquiú* concibió al catolicismo como un campo de disputas en el cual debía competir por posicionarse con una amplia gama de actores. Por último, a partir de la llegada de *CL*, un discurso centrado en el pensamiento de Luigi Giussani –y de otros referentes del movimiento– se constituyó en el prisma a través del cual se observó a la Iglesia y su lugar en la sociedad argentina desplazando a “la voz de los obispos.”

Los cambios se manifestaron en los contenidos de la revista. La política internacional pasó a ocupar un lugar preponderante equiparando o superando la atención dispensada a los debates locales. También ganó espacio la crítica literaria y cinematográfica y las entrevistas a personalidades reconocidas de la política y la cultura. El interés de la revista se expandió más allá de las fronteras del catolicismo y, de acuerdo con lo que era una práctica habitual en el movimiento, buscó interpelar a otras tradiciones teológicas, político-ideológicas e intelectuales. Ejemplo de esto es el reportaje a José Aricó, publicado en mayo de 1989.⁷⁸ Aricó era considerado el representante más destacado entre los “gramscianos argentinos” cuya influencia sobre el alfonsinismo y sobre la política en general, despertaba interés y preocupación en *CL*.

Entre estos cambios que se produjeron resulta particularmente interesante el hecho de que la revista dejó de concebir al catolicismo como un espacio armónico para considerarlo un espacio de competencia y de luchas de poder. Desde sus inicios en la década de 1960, la revista pretendió reflejar los posicionamientos asumidos por la CEA y si bien podía coincidir con algunos obispos más que con otros –y ello era particularmente evidente con los temas políticos– matizaba las tensiones que podían surgir entre ellos. Desde la llegada de *CL* la presencia de los obispos en la revista

⁷⁷ Desde la llegada de *CL* la *Esquiú* comenzó a definirse como “revista semanal de actualidad y cultura.”

⁷⁸ Miguel Ángel IRIBARNE y Javier RESTAN, “Reportaje a José Aricó”, *Esquiú*, núm. 1517, 28 de mayo de 1989, p. 18.

mermó notablemente y así se buscó construir una posición de autonomía frente a la jerarquía. Asimismo, algunos obispos, como Antonio Quarracino, sí tuvieron presencia y fueron considerados una voz autorizada sobre diversas cuestiones.

También fue diferente la imagen que comenzó a transmitir del catolicismo. Todos los periodistas de la revista entrevistados coincidieron en señalar que los dirigentes del movimiento llegados de Italia tenían una mirada sumamente crítica del catolicismo argentino. Su punto de partida era considerar que los laicos poseían una religiosidad superficial, expresada en los marcos parroquiales, con escasa autonomía frente a la jerarquía y que vivían su vínculo con la religión en momentos específicos. En reiteradas oportunidades, el intelectual nacionalista Alberto Fariña Videla fustigó desde *Esquiú* a los católicos que no estaban ni “intelectual ni anímicamente preparados para entender la importancia de la cultura en términos católicos y de la lucha que allí se entabla.”⁷⁹ La religiosidad así vivida no tenía mayor peso en la vida cotidiana de las personas. Para *CL* una de las muestras más evidentes de esta disociación era la concepción según la cual podía sostenerse una mirada de lo político ajena a las concepciones religiosas.

Desde que el movimiento se hizo cargo de la publicación varias cartas de lectores se quejaron porque la revista había cambiado de rumbo y se había politizado. En el primer número de junio de 1988 la revista publicó varias de estas cartas.⁸⁰ En una de ellas un lector anunció que dejaría de adquirirla porque, si bien seguía siendo una buena lectura, había “dejado completamente de lado la faz religiosa.” Ya no era “[...] una revista católica con comentarios y notas de la Iglesia Católica.”⁸¹ Una lectora de la ciudad de Campana, por su parte, se lamentó que la revista “se haya politizado tanto” ya que lo que ella buscaba era un “remanso para el espíritu.” Agregó además que le interesaba la política pero que para eso tenía “diarios, radios y revistas.”⁸² Otra lectora sostuvo que antes encontraba en *Esquiú* “temas que llenaban [su] espíritu; incluso muchos de sus artículos los llevaba para meditar con el Grupo de Oración y Acción Católica.” Finalmente un presbítero de Tucumán consideró que el tipo de revista que se estaba publicando era para vender en los quioscos y no “en la parroquia, donde nuestros sencillos feligreses esperan más información católica.”⁸³ La inclusión de todas estas cartas en un mismo número tenía la evidente intención de definir a ese “otro” frente al

⁷⁹ Alberto FARIÑA VIDELA, “Católicos ante la confrontación”, *Esquiú*, núm. 1450, 14 de febrero de 1988, p. 28

⁸⁰ *Esquiú*, núm. 1466, 05 de junio de 1988, p.47.

⁸¹ *Esquiú*, núm. 1466, 05 de junio de 1988, p.47.

⁸² *Esquiú*, núm. 1466, 05 de junio de 1988, p.47.

⁸³ *Esquiú*, núm. 1466, 05 de junio de 1988, p.47.

cual la revista se posicionaba. Por ello, *Esquiú* tomó la palabra con una respuesta que explicitó las perspectivas básicas del movimiento:

“¿Qué es la Iglesia? Ojalá pudiéramos responder con la imagen de un rebaño de corderos mansos que parece inspirar el lamento de nuestra lectora de Campana. No, señora, la Iglesia es una comunidad de personas de carne y hueso, que viven una existencia concreta y real en este mundo concreto y real, y la viven en la fe en Jesucristo, el Señor de la vida y de la historia [...] La fe no se vive en los ‘remansos’, sino en la vida. Y la vida está hecha de trabajo, luchas, dolores, guerras, violencias, y también de elecciones, paros, crisis económicas, conflictos políticos, y también de deportes, cine, tevé, libros, y miles más de cosas de las que la fe no puede quedar afuera, como algo extraño y ajeno [...] Por eso, nos preocupa –y por supuesto debería preocupar a los pastores de la Iglesia– el hecho de que haya todavía católicos que a la realidad del mundo en que viven la miran con los ojos ‘de cualquier diario, revista o la televisión’, como confiesan nuestras lectoras de Rafaela y Campana. ¿Hablar con fe o sin fe de lo que hace a la vida humana sería lo mismo? Y entonces, ¿para qué sirve la fe? ¿Quizás para quedarse tranquilo en su propio ‘remanso’? [...] La paradoja de nuestro tiempo es que lo que quiere decir universal y total se volcó a definir algo particular, una porción –lo más angosta y cerrada posible– un rinconcito del mundo en donde grupitos cada vez más chicos de autoexiliados de la sociedad y de la historia imaginan a un Dios que no es por cierto el que se hizo hombre en Cristo y redimió la historia humana [...] si no hay cambios en lo que se debe y puede cambiar, el futuro que espera al catolicismo argentino será el de la derrota. Una Iglesia marginada, encarcelada en sus ‘remansos’, que no tiene nada que decir al hombre y nada que oponer al poder.”⁸⁴

La extensa respuesta que dio la revista a los reclamos ilustra el escenario que *CL* recreó para ubicarse en él como experiencia singular frente al proceso secularizador –el que obligaba a los católicos a convertirse en “grupitos cada vez más chicos de autoexiliados de la sociedad”– ofreciendo una experiencia religiosa “neointegralista [de]

⁸⁴ *Esquiú*, núm. 1466, 05 de junio de 1988, p.47.

afirmación social, política, cultural, intensiva de la fe.”⁸⁵ Implícitamente, su crítica abarcó también a la jerarquía y a sus intelectuales más cercanos que habían instalado aquella imagen de un catolicismo triunfal, que no hizo sino desmovilizar y terminar conformando lo que expresaban las cartas, un católico que en su vida cotidiana se integraba a una sociedad secularizada. La idea de la “Argentina católica” era “un mito que hay que denunciar”⁸⁶ porque que los cristianos se “juntan por millares o por millones en circunstancias espectaculares de poco sirve si luego no se juntan ni de a dos para encarnar esa vida nueva, en su escuela, o su oficina, su fábrica o su universidad.”⁸⁷

¿Podía ser *Esquiú* un instrumento útil en la lucha por la recreación de una identidad católica? Seguramente la revista fue útil en la presentación de *CL* en la Argentina, constituyó una herramienta de interpelación a los católicos y fue un espacio de debate, pero en ello parece haberse agotado. La revista dejó de publicarse y varios de sus periodistas terminaron reclamando frente a la Catedral metropolitana por una ayuda que nunca llegó.⁸⁸ *CL*, por su parte, si bien no abandonó esta proyección integral la pospuso como un horizonte utópico y se concentró en la búsqueda de aquella identidad desplegando prácticas sostenidas sobre lazos afectivos fuertes. En cierta medida su derrotero condujo al movimiento a un marcado encerramiento comunitario.⁸⁹

A modo de cierre

A principios de 1993 y luego de 33 años, la revista *Esquiú* dejó de publicarse. Con ello se cerró finalmente un proyecto editorial católico que había constituido un caso singular al combinar un carácter confesional con la pretensión de alcanzar un público masivo en un contexto –el de la década de 1980– desfavorable. En este sentido, con el retorno de la democracia y frente a una sociedad más plural y secularizada, se hizo muy difícil sostener una revista que partía de una definición religiosa de su identidad y requería, por su misma envergadura, de altos niveles de ventas. Como observamos, el descenso de sus ventas entre 1980 y 1984 puso seriamente en riesgo su continuidad mientras que los cambios que a nivel político y social se dieron desde el final de la

⁸⁵ Fortunato MALLIMACI, “Diversidad católica en una sociedad globalizada y excluyente. Una mirada al fin del milenio desde Argentina”, *Sociedad y Religión*, Buenos Aires, núms. 14/15, 1996, p. 88.

⁸⁶ Alberto FARIÑA VIDELA, “Católicos...” cit., p. 29.

⁸⁷ “Que nazca y renazca la comunión”, *Esquiú*, núm. 1528, 09 de agosto de 1989, p. 3.

⁸⁸ Entrevista a Marta Noce, periodista de *Esquiú*, realizada por el autor, noviembre de 2011.

⁸⁹ Mariano FABRIS, “El movimiento eclesial...” cit.

Guerra de Malvinas, sumaron un nuevo desafío. A pesar de estas circunstancias, en la medida en que afloraron tensiones entre el gobierno de Raúl Alfonsín y la jerarquía católica, la revista jugó un rol destacado en la defensa de los principios católicos y fue, fundamentalmente, una fuente de información, un canal de comunicación y un instrumento de interpelación y movilización del laicado.

Atemperado el conflicto político-eclesiástico de la década de 1980, la razón de ser de la revista –tal era su impronta– desapareció. Su adquisición por parte del movimiento *CL* y el cambio de perfil que esto produjo, nos permitió explorar algunos de los cambios que vivió el catolicismo en la historia reciente y que remiten a procesos prácticamente universales de reacomodamiento de las tradiciones religiosas y también a situaciones más específicas propias del contexto local y de la inserción de la Iglesia en él. Desde 1987 en las páginas de la revista tomó forma un intenso debate sobre lo que era “ser católico”, se redefinieron los vínculos con la jerarquía y se puso en discusión el lugar de la Iglesia en la sociedad argentina.

En definitiva, el recorrido propuesto en este artículo dio cuenta de las diversas dimensiones de la prensa, en este caso de orientación católica, como fuente de información, como un objeto de investigación y, por lo menos en el caso de *Esquiú*, como actor con intereses específicos. Parece evidente que la revista constituye un excelente recurso para el abordaje de la Iglesia y del catolicismo en la historia reciente.

En sus páginas se podrá encontrar un gran caudal informativo que sólo parcialmente era considerado por la prensa general. La revista fue también un espacio de resonancia de debates que cruzaban al catolicismo. Pero al mismo tiempo intervino con sus propios intereses en un entramado de relaciones de poder que se vuelve necesario reconstruir.